

## HERMENÉUTICA

María Antonia González Valerio  
FFyL, UNAM

¿Qué es la hermenéutica? Esta pregunta tiende a aparecer constantemente, incluso parece que acecha al pensamiento. Me he enfrentado a ella en diversas ocasiones, en todo tipo de contextos y en cuanto emerge produce un inevitable desasosiego, un deseo de rehuirla, de tacharla de impertinente, de acusar al interlocutor también de impertinente. ¿Quién se atreve a preguntar llanamente qué es la hermenéutica? De primera instancia pienso que sólo lo pregunta aquel que no *sabe* hermenéutica. La pregunta es en todo caso improcedente y se une a la larga serie de preguntas impronunciadas, indecibles: ¿qué es el ser?, ¿qué es la filosofía?, ¿qué hace la filosofía? Y si son impronunciadas es también porque son de ese tipo de preguntas sin respuesta posible.

Si emerge la pregunta la primera estrategia del pensar para hacerle frente es desfondarla filosóficamente, esto es, interrogar por el sentido de tal preguntar. ¿Cuál es el sentido de preguntar qué es la hermenéutica? ¿Es acaso que la hermenéutica *es* algo? Y si se interroga en tal dirección ¿es porque se piensa que la hermenéutica es algo definible, delimitable, objetivable, aprehensible? ¿Es la hermenéutica un objeto de conocimiento susceptible de ser aprehendido por el sujeto cognoscente? Además, la pregunta está enunciada en singular: *la* hermenéutica, y más bien lo que hay son hermenéuticas. Entonces, ¿cabría preguntar qué son las hermenéuticas? Pero ¿cuáles hermenéuticas? ¿Quién o qué puede delimitar qué filosofías son hermenéuticas y cuáles no? ¿Dónde está el parámetro que legitime la frontera entre lo hermenéutico y lo no-hermenéutico? Por otro lado, “hermenéutica” no mienta ningún concepto, sino una experiencia,

un modo de darse el pensar y en tanto modo de darse es indefinible, inapresable, inasible.

Esta es una muestra de las múltiples estrategias del pensar para rehuir la pregunta. Las estrategias por supuesto que son convincentes, claro que logran desfondar el sentido de tal preguntar, hasta alcanzan a ser tranquilizadoras frente a la incomodidad de la pregunta. Incluso puedo llegar a decir que si no puedo responder qué es la hermenéutica es porque la hermenéutica no es algo que pueda ser abordado desde la dirección de ese interrogar.

Si el pensar encuentra un poco de calma tras su ejercicio de desfondamiento eso no significa que ha de quedarse allí, no significa que la pregunta no pueda volver a asaltar el pensar con toda su irreverencia, con toda su insolencia. Y, en efecto, emerge incansablemente, es pandémica y dado que no encuentra respuesta se queda palpitando, a la espera; una sabe que está ahí. Una lo sabe y también los otros lo saben, mas eso es inconfesable. ¿Inconfesable? Como toda confesión, ésta ha de surgir un poco escondida, un poco culposa, un poco incierta y por supuesto que sólo en confianza, con aquellos que *saben* hermenéutica. Entonces se establece un diálogo y una susurra dubitativamente la pregunta: “Según tú, ¿qué es la hermenéutica?” El rostro del interlocutor suele mostrarse incómodo como ante una pregunta indecorosa. Se ruboriza, ríe nerviosamente, pone un gesto reflexivo y si trata de evadir contestará: “¿y tú por qué me lo preguntas?” También puede acaecer un raro momento de sinceridad en el que llegue a contestar: “no tengo la más remota idea”, luego la carcajada y se sella el pacto de complicidad por la risa, que también tiene la fuerza de desfondar y de destruir sentidos.

Sin embargo esto no basta, pues ahí está la pregunta: ¿qué es la hermenéutica? Si me esfuerzo en verdad por responderla diré rápidamente que la hermenéutica es filosofía, que indubitablemente es filosofía..., y me niego a pensar lo que sigue: ¿qué es filosofía?

Habrán entonces que adentrarse en la pregunta. ¿Desde dónde intentar responderla? Veamos. “Hermenéutica” etimológicamente tiene que ver con

Hermes, el mensajero de los dioses. Eso en este momento no me dice nada, pues es como responder que filosofía es amor a la sabiduría... Quizás ayude la perspectiva histórica, ya Grondin en su *Introducción a la hermenéutica* ha hecho un largo recorrido histórico, M. Beuchot ha escrito un texto sobre la hermenéutica en la Edad media... Entonces la hermenéutica existe desde siempre, desde que hay filosofía hay hermenéutica, luego, su origen está en Grecia, es más, está en Platón, al igual que todo lo demás. Estas afirmaciones han asumido algo desde el principio: la hermenéutica tiene que ver con la interpretación, luego, ahí donde hay interpretación hay hermenéutica. Luego, mi lectura del *Quijote* es una interpretación del *Quijote*, es, así, mi *hermenéutica* del *Quijote* y yo *hago* hermenéutica porque leo el *Quijote*. Y de ese modo hermenéutica parece convertirse en sinónimo de lectura. Pero esto tiene algo de sospechoso.

Sospecha. Esta palabra tiene algo que ver con la hermenéutica, tiene mucho que ver con la hermenéutica, hasta se habla de la "hermenéutica de la sospecha". Si la hermenéutica no es sin más sinónimo de interpretación, entonces podríamos acercarnos a su sentido contemporáneo desde los maestros de la sospecha: Marx, Nietzsche y Freud. La hermenéutica es sin lugar a dudas de corte "sospechoso" o incluye algo de la sospecha, así lo dice Ricœur, también Vattimo, Gadamer mismo hace alusión a eso, Foucault lo afirma contundentemente. Parece que, a pesar de todo, ahí hay un pequeño consenso: la relación entre sospecha y hermenéutica. No me detengo más en esto, ya otras lo han hecho antes aquí: M. Aguilar, G. Rivara y P. Rivero. Las tres han puntualizado y reforzado en diversas ocasiones y publicaciones la relación sospecha-hermenéutica, la cual asumo y doy por sentada. Después de eso sigue en el orden de aparición Heidegger, la hermenéutica y Heidegger, la hermenéutica filosófica es heideggeriana, es de corte heideggeriano, se funda con Heidegger en los escritos preparatorios a *Ser y tiempo* o quizás no, quizás más bien sea el Heidegger posterior a la *Kehre*. Es más, Gadamer es una continuación y ampliación del camino heideggeriano. Y así se abre la arena de debates a partir de la relación Heidegger-Gadamer.

Mas una vez que llegamos a Gadamer la cosa parece más sencilla: la filosofía de Gadamer es evidentemente hermenéutica, tanto como la de Ricœur. Lo que no me queda claro es la evidencia. ¿Son hermenéuticas porque dicen que son hermenéuticas? Supongamos que así es, luego cabe preguntar ¿en qué consisten estas filosofías? Si lo pudiera responder entonces sabría lo que es la hermenéutica. Es más, como estoy hablando de Gadamer se sigue necesariamente que estoy haciendo hermenéutica. La hermenéutica hace así exégesis de la hermenéutica. Por ejemplo, Grondin es hermeneuta porque escribe libros sobre Gadamer. ¿Qué hace la hermenéutica? Hablar y escribir sobre hermenéutica; entonces la hermenéutica es metahermenéutica. Pero no toda hermenéutica es metahermenéutica, también hay hermenéutica y estética, hermenéutica y filosofía política, hermenéutica y filosofía de la ciencia, hermenéutica y ética... *ad infinitum*. Si la hermenéutica es un sustantivo que se puede unir sin más a otro sustantivo, entonces la hermenéutica es algo distinto o tiene algo de distinto de la estética, de la filosofía política, de la filosofía de la ciencia, etc. Y si no fuera así, ¿por qué hablar, por ejemplo, de hermenéutica *y* estética? Si se marca la preposición es porque la hermenéutica no es estética, sino que se une a la estética; mas ¿qué quiere decir esta unión? ¿Que la hermenéutica sirve a la estética? ¿Que hay un pensar hermenéutico que orienta el camino de la estética? ¿Que estética y hermenéutica se fusionan como horizontes y llega a haber una estética-hermenéutica?

Todo esto parece conducir a una pregunta: ¿cuál es la especificidad de la hermenéutica? ¿Qué la distingue de otras filosofías y de las áreas de la filosofía? ¿Cuál es la "esencia" de la hermenéutica? (No pretendo desfondar el sentido de esta última pregunta). Una vez manifestada la pregunta que interroga por el sentido de la hermenéutica acuden al pensar una serie de categorías, conceptos, experiencias, metáforas o lo que sean: lenguaje, interpretación, comprensión, diálogo, texto, tradición, horizonte... Palabras clave de la hermenéutica. Quizás en todas estas palabras se oculta el sentido de la hermenéutica y también su especificidad, su diferencia. Se puede escoger una a conveniencia y a discreción,

por ejemplo, lenguaje. El lenguaje se convierte de ese modo en el hilo conductor de la pregunta que interroga por el sentido de la hermenéutica, por su configuración, su especificidad, su historia, su procedencia y demás. Primero se marca la frontera entre el lenguaje comprendido hermenéuticamente y sus otras acepciones; se traza la línea entre hermenéutica y lingüística y semántica y lógica y otras. Luego se procede a realizar la inserción histórica, a rastrear genealógicamente el lenguaje: el inicio forzoso es *Cratilo* y de ahí en adelante las perspectivas se multiplican, las elecciones se complican, las selecciones se cuestionan pero al final del día se sale airoso con una historia de la hermenéutica entre las manos. Y esto se puede hacer con cualquiera de las otras palabras clave de la hermenéutica, sólo hay que decidir cuál es la más significativa, o bien en un esfuerzo desmedido se puede hacer con todas.

Conduzcamos ahora el sentido de la pregunta por otro camino. ¿Cuál es el estatuto de la hermenéutica? ¿Es un área de la filosofía, una disciplina filosófica, una moda, una corriente, una escuela, un par de autores (Gadamer y Ricœur), un pensamiento que trasciende las fronteras filosóficas, una creación del siglo XX, un intento por distinguir un momento en la larga historia de la filosofía? Creo que el estatuto de la hermenéutica se puede establecer en dos direcciones distintas y dependiendo de la que se escoja el sentido mismo de la hermenéutica y de la pregunta que interroga por ella ha de cambiar. Antes de explicitar esas dos direcciones hay algo que es menester mencionar: buena parte de la discusión y confusión en torno a la hermenéutica tiene que ver con el hecho de que la misma palabra, “hermenéutica”, posea una larga historia que no siempre se deslinda (tampoco es seguro que se deba hacerlo) de su uso contemporáneo.

Una vez apuntado lo anterior regreso a las dos direcciones que pueden marcar el estatuto de la hermenéutica. Una dirección conduce hacia su determinación en el sentido de un área de la filosofía (hoy en día hasta los planes de estudio pueden dar cuenta de eso), la otra dirección la explica en tanto corriente filosófica. Hacer explícita la distinción entre ambas direcciones puede ayudar a despejar el sentido

de la pregunta que interroga por la hermenéutica. Me detengo en la segunda dirección anotada: una corriente filosófica. Si la hermenéutica fuera una corriente o una escuela entonces se transforma radicalmente la pregunta. Digamos, por ejemplo, "Escuela de Frankfurt", si pregunto qué es la Escuela de Frankfurt no buscaré una determinación en el mismo sentido que si pregunto qué es la ontología, ya que para intentar determinar una corriente seguramente haré alusión a una época, a una situación histórica, a algunos personajes, buscaré rasgos comunes entre los diferentes pensamientos que se engloben bajo el título de Escuela de Frankfurt, incluso puedo intentar comprender el asunto geográficamente, hasta biográficamente. Una vez distinguida la Escuela de Frankfurt puedo llegar a decir que ésta pensó la ontología, la estética, la filosofía política, etc., incluso es factible afirmar que fundó una estética, una filosofía política... Como quiera que sea, cuando digo "Escuela de Frankfurt" parece que no me enfrento a los mismos problemas que cuando digo "hermenéutica".

¿Es la hermenéutica una escuela? Para empezar, el asunto geográfico lo complica mucho, porque no se puede situar en ningún lugar específico. Segundo, las dos principales hermenéuticas: la de Gadamer y la de Ricœur proceden en sentidos muy distintos y provienen de horizontes de reflexión también muy disímiles. Además, una parte de la hermenéutica como proyecto filosófico y el otro llega a la hermenéutica a través del análisis de los símbolos. Las coincidencias Gadamer-Ricœur son más bien posteriores debido a la ulterior inserción de Ricœur en los temas y problemas abiertos por Gadamer y, en última instancia, por el debate de este último con Habermas.

Sin embargo, esto no quiere decir que la hermenéutica no pueda ser pensada en ningún sentido como corriente o escuela filosófica. Si fuera una corriente, diríamos entonces que una vez insertos en ese flujo pensamos los problemas hermenéuticamente, esto es, los pensamos desde un horizonte que configura preguntas y respuestas, que pone algunos temas en primer plano y otros en segundo, que funciona como filtro y como principio de selección y orientación del

pensar filosófico. De esta manera, las palabras clave de la hermenéutica podrían fungir como indicadores del horizonte que dirige la reflexión de tonalidad hermenéutica. Lo que habría, entonces, es la incidencia de ciertos temas y problemas que son caros al pensar hermenéutico, pero que no pertenecen de manera exclusiva a éste, sino que forman parte del *Zeitgeist* o espíritu de una época. Lo que a fin de cuentas propicia la distinción es el modo en que se abordan los problemas, es la asunción de un horizonte que se quiere posmetafísico con todo lo que eso implica y a pesar del disenso que conlleva esta última afirmación.

La otra dirección que puede marcar el estatuto hermenéutico según lo apuntado líneas arriba es la del área de la filosofía. ¿Es la hermenéutica un área de la filosofía? El pensar se ve tentado nuevamente a ejercer el desfundamiento: pero ¿qué es un “área de la filosofía”, puede la filosofía ser dividida en áreas, hasta dónde es pertinente tal división, cómo se establece, cómo se legitima, no es más bien la filosofía un todo no susceptible de disección? Dejaré al margen estas preguntas y con toda la intención las obviaré.

Supongamos que la hermenéutica es un área de la filosofía. ¿Qué área? Se le suele inscribir en “filosofía de la cultura” o en “filosofía de las ciencias sociales” y con eso se asume mucho. Se asume, por ejemplo, su herencia diltheyana, incluso se asume que tiene algo que ver con el problema del método propio de las ciencias del espíritu. Pero esta asunción no me satisface en lo absoluto por una razón muy sencilla: yo hago estética y hermenéutica y no me placería ser inscrita en el área de filosofía de las ciencias sociales. Más bien parece que la hermenéutica se puede inscribir en cualquier área sin muchos problemas. ¿Se deberá a que es de suyo polifacética y cabe donde sea? Pero esto disuelve nuevamente la especificidad de la hermenéutica. ¿Por qué cabe donde sea? Mi filosófica intuición me señala lo siguiente: no se debe a falta de especificidad ni tampoco a que la hermenéutica sea cualquier cosa y sirva para lo que sea. ¿Cuál es el área filosófica que está a la base de cualquier otra, que es el suelo de cualquier otro discurso filosófico, que es explícita o implícitamente el punto de partida, la asunción básica, la pregunta

primera, la filosofía primera? He aquí mi respuesta: la hermenéutica es ontología, es una particular forma de ontología o de metafísica, por eso se le halla por todas partes, por eso se dice de muchas maneras, por eso se inscribe en cualquier otro discurso, por eso puede fundar y fundamentar cualquier otro discurso. ¿Por qué no asumir esto sin más, que a la base de todo está una cierta concepción o noción del ser aun cuando no se le nombre explícitamente, aun cuando no se le piense, aun cuando se rehuya la pregunta que interroga por el ser, aun cuando la palabra “ser” suene a más de uno como quimera, como fantasmagoría, como la parte más abstrusa de la filosofía? Y sin embargo y a pesar de todo esto se trata de la pregunta que interroga por el ser.

Preguntas por el ser ha habido muchas en la historia de la filosofía pues el ser se dice de muchas maneras, ¿cuál es el modo hermenéutico de decir el ser? ¿Cuál es la manera hermenéutica de pensarlo, de buscarlo, de intentar nombrarlo “de otro modo”? ¿Cómo acaece el ser hermenéuticamente? La hermenéutica ha ligado inexorablemente el ser con la finitud, quizás ése sea el punto más fuerte de la hermenéutica y al mismo tiempo aquello que permite tender el puente entre ésta y aquellos pensamientos que le abrieron el camino, que despejaron la brecha: ontologías de la finitud. ¿Qué es una ontología de la finitud? Obvio también esta pregunta porque ya G. Rivara –en su libro *El ser para la muerte. Una ontología de la finitud*– se ha hecho cargo de ella.

Hermenéutica y finitud. Esto parece un camino explorable, de hecho M. Aguilar abre su disertación sobre la hermenéutica gadameriana en *Diálogo y alteridad. Trazos de la hermenéutica de Gadamer con el problema de la finitud...*, la finitud y la locura y la muerte.

Pero ¿qué es lo finito hermenéutico? Es, tal vez, colmarlo todo de finitud y hacer de esto el horizonte, el único horizonte en el que se da el pensar, es hacer de la finitud el punto de partida y el punto de llegada, es pensar la existencia toda como una experiencia de la finitud. La finitud es el límite, la frontera infranqueable, es el límite del pensamiento, el límite de la creación, el límite del anhelo, el límite de la

filosofía, es también el límite de la razón impuesto no por la razón sino por la existencia, por la humana existencia que se sabe, que se siente finita, que proyecta su saber y su sentir en todo lo otro y en todo lo creado por ella.

Finitud que se refracta sobre el pensamiento, sobre el decir, sobre el crear, sobre el ser: se refracta y se hace uno con esto, se fusiona. Todavía más, de lo que se trata es de la conciencia de la finitud, del saber que se sabe finito, limitado, contingente, se sabe a sí mismo en su inacabamiento, se sabe un tránsito y solamente eso, un transitar, un transcurrir y un ocurrir. Por eso la hermenéutica nunca es contundente, sino un tropiezo, un tropiezo que busca y se busca por doquier. Se busca, cierto, por doquier, mas se halla preferentemente en el lenguaje. ¿Es el lenguaje lo finito *par excellence*? ¿Y la existencia? ¿Acaso no es ésta la más radical huella de la finitud? Se puede jugar aquí con los espejos: el lenguaje abre la existencia y la existencia se da como lenguaje. Pero, ¿por qué la hermenéutica, en tanto ontología de la finitud, encuentra su sitio más propicio en el pensar que piensa el lenguaje? Pues esto se puede responder muy rápido: porque el lenguaje es la casa del ser, porque el ser que puede ser comprendido es lenguaje...

¿Toda hermenéutica ha de pensar el lenguaje para ser tal? Y si así fuere, ¿cómo o en tanto qué pensar el lenguaje? Se dirá rápidamente: en tanto comprensión e interpretación. Más allá: se trata de pensar el lenguaje desde la vida, desde la existencia. Lenguaje y existencia; mas eso no es otra cosa que una ontología de la finitud que sabe, que reconoce o que incluso intuye que estamos contenidos en el decir y en el no-decir, que sabe que estamos en las historias relatadas, en las palabras nombradas, en todo signo, en todo símbolo, en todo sentido. Sabe que ahí estamos, que ahí hemos estado siempre, que la existencia es la historia de un decir colmado de desasosiego en su afán por hallarse a sí misma, por llegar a ser, por crearse y darse un ser que no ha de obtener mientras la existencia sea. La hermenéutica quizás sea un infinito preguntar por nosotros como seres de la finitud.

La herencia hermenéutica es abrirlo todo como posibilidad y sólo como eso, la herencia hermenéutica es también buscarnos en todo discurso, en todo texto, en todo lenguaje que aparece como posibilidad de construcción y configuración del mundo, del ser, de nosotros mismos. Cada discurso, cada signo opera como una rejilla desde la cual se construye “lo que es” y de ese modo “lo que es” queda configurado desde una perspectiva, desde un punto de vista, desde una selección: el mundo no es sino una apertura posible de la realidad, donde ningún en-sí se oculta detrás.

La hermenéutica proyectada en todo el ámbito de lo humano es el prístino reconocimiento de la fragilidad; el discurso hermenéutico es frágil y hace también frágil todo aquello en lo que se proyecta. Éste es su primer saber, su primera no-certeza. Desde este saber se erige la hermenéutica toda, se erige como un pensar desfondado, como un pensar de la contingencia. Y este saber se contagia a todos los demás saberes, por eso puede haber hermenéutica y estética, hermenéutica y filosofía política, hermenéutica y filosofía de la ciencia...; todos estos órdenes del saber -pretendiéndolo o no- quedan fundados o son re-pensados desde una ontología de la finitud, que ha mostrado con toda vehemencia que el lenguaje abre todo como posibilidad y abre simultáneamente la posibilidad de todo. La hermenéutica ha imaginado el reino de lo posible y lo ha convertido en el reino de este mundo sin más.